

De la filosofía de Rousel,
Y si otro amor hubiere, creo en él.

Creo también (lo digo con verdad)
En el desinterés de la mujer,
En su fina y constante lealtad,
En su modo sublime de querer:
La mujer es un ángel de bondad,
Incapaz de engañar ó de ofender:
Ni tiene gracia que lo diga yo,
Ellas mismas dirán si es cierto ó no.

Yo conozco sus prendas; pero al cabo
Vale más el callar, porque no gusto
De que puedan pensar que las alabo
Por mi propio interés: lo justo, justo:
Ni acostumbro adular con menoscabo
De la verdad, ni empleo el tono adusto
Ó el estilo dogmático de un viejo.....
Entretanto ¿qué hacía don Alejo?

Lo que entretanto don Alejo hacía
Era estar recostado en un escaño,
Rendido á su dolor ¡quizá dormía!
¿Vosotras lo extrañáis? Yo no lo extraño.
Si una pena durase todo un día
Tan cruda como empieza, haría un año
Que no saliera un verso pareado
De mi cráneo vacío y horadado.

Dejémosle dormir enhorabuena,
Que el sueño, si no cura al desgraciado,
Alívale, á lo menos, de su pena,
Á lo menos da tregua á su cuidado.
Duerme el cautivo atado á su cadena,
Duerme junto á sus armas el soldado,
Duerme el piloto al pie del gobernalle,
Y duermen los serenos en la calle.

Duerman en paz; en paz mi cuento sigo:
Apenas despertó de su letargo,
Un poco sosegado nuestro amigo
De su gran pesadumbre, sin embargo
De no estarlo del todo, como digo,
Viéndose en el escaño largo á largo,
Tendió los brazos y estiró el pescuezo,
Exhalando un suspiro..... y un bostezo.

También yo bostezara si tuviera
De seguirle en su historia paso á paso,
Sin omitir ninguna friolera:
No la habría emprendido en ese caso:
Un buen pintor que pinta una pradera,
Dibuja al sol cayendo en el ocaso
Y al ganado paciendo en la verdura;
Mas no llena su cuadro con basura.

Baste, pues, el decir «que recobrado
Y del primer terror convalecido»,
Tornó á su galanteo acostumbrado,
Olvidando el desaire recibido.
(Esto se llama estar enamorado.)
Ni desistió jamás de este partido
Aunque vió ser su diligencia vana,
Pues siempre hallaba sola la ventana.

Por abreviar mi tarda narración
Voy á cortarla aquí: como el congreso
Que teniendo la ley en discusión,
Para darla más presto entra en receso.
Cumple así cada cual su obligación,
Al público aliviando de un gran peso:
El diputado el de su inútil dieta,
Y el de algunas estrofas el poeta.

Pero no puedo menos que copiar
Una carta que guardó para muestra
Del femenil estilo epistolar

En época tan varia de la nuestra.
Se hace en ella mención particular
Del lance acaecido en la *fenestra*;
(Fenestra significa la ventana),
Y dice: «Jueves, diez — Querida Juana:

»No puedes figurarte con la pena
»que me tiene tu viaje pues á cada
»rato estoy preguntando como un ena-
»morado cuando vuelves, pero nada
»importa lo demas como estes buena
»que es lo que yo deseo y muy hallada
»y engórdes mucho con los baños en
»unión de don Gerónimo con quien

»estoy muy enojada, pero mucho,
»pues yo ninguna tulla he recibido,
»y dime si ha salido bueno tu cho-
»colate para enviarte, no me ha sido
»posible conseguir que el avechucho
»de don Blas mi cuñado haya querido
»llevarme á verte; es tanto lo que extraño
»tu falta que ya pienso que hace un año

»pues tengo mucho que contarte ya sa-
»brias el casamiento de la Coso
»con don Juan Catarino, y que se casa
»á disgusto de todos pero yo so-
»lamente por la pobre Nicolasa
»lo ciento porque dicen que es celoso
»... (un borrón hay aquí sobre lo escrito)...
»pues no me gusta el novio ni tantito.

»Y no me alargo mas por estar suma-
»mente indispuesta con dolor de cara
»y escribiendo muy mal de modo que huma-
»namente no podras leer mis gara-
»vatos, y por estar fatal la pluma.
»No dejes de escribir dos letras para

»tu amiga que desea *veretete*,
(Así el original) *Clara Roblete*

»de *Cabrales*. — P. D. Ya ves como
»don Alejo llegó por la ventana
»con ánimo de hablarme y empezó mo-
»liéndome con que soy una tirana,
»pues estaba mas pálido que el plomo
»y se puso á decir cuanto la gana
»le dió, que era muy linda como un cielo
»pero ni la mitad es esto de lo

»que me decía; qué dirá la gente
»de haberlo visto allí con su tontera
»por más que yo le dije que era un ente
»muy insignificante, y que se fuera:
»pues si vieras, es hombre muy corriente
»y que tiene la sangre muy ligera;
»mas á mi no me gusta por osado,
»pues amantes como él se encuentran á

»docenas. Pero al fin se fué llorando
»así que me quité, ve qué locura,
»y andaba por allí Cornelio cuando
»esto pasó, y cayó con calentura
»don Alejo, y ha estado delirando,
»mas ¡por mí! que se muera, ya me apura
»el portador. Jesús, qué priesa de hombre,
»saluda á don Jerónimo en mi nombre.»

Así escribían antes las señoras.
¡Cómo los tiempos mudan! hoy en día,
En que todo es progresos y mejoras,
Da gusto lo que escriben, á fe mía;
Y entre ellas sobresalen mis lectoras.
¡Qué estilo! ¡qué dición! ¡qué ortografía!
¡Qué delicada construcción de frases,
Sin mentiras, sin *pueses* y sin *mases*!

¿Pudiera ser acaso de otro modo?
Sin que nos extendamos más sobre esto,
Con decir quiénes son, se dijo todo.
Alguno juzgará que me he propuesto
Ser su panegirista, y que acomodo
Una lisonja con cualquier pretexto:
No es mi carácter ese; si supiera
Alguna cosa en contra, lo dijera.

Pero vuelvo á mi historia, y os convido
Á dar conmigo un salto..... ¿qué, os espanta?
No es el salto de Léucades temido,
Ni el que con un dogal en la garganta
Dió Judas de su infamia arrepentido.
Ni el salto que Solís tanto decanta
De Alvarado con todos sus arneses:
Es simplemente un salto..... de dos meses.

El de Noviembre es clásico en la historia
Del reino de Utatlan (hoy Guatemala)
Por la recordación de una victoria
Que en unión de los indios de Tlaxcala
Aquel héroe ganó; y en su memoria
Se hacía en este mes con pompa y gala
Un militar paseo, en la vigilia
Del día veinte y dos — Santa Cecilia.

Llegado, pues, aquel famoso día
En el año que vamos refriendo,
Comenzó la función como solía
Al son de las campanas y al estruendo
De dos piezas ó tres de artillería.....
Ó fuese de arcabuces: no pretendo
Que se me preste fe sobre este punto,
Mas las salvas importan á mi asunto.

De gentes se cuajaron las esquinas,
De damas se adornaron los balcones,
Colgáronse los muros de cortinas,

Se alegraron las calles con festones,
Armáronse pendencias, tremolinas,
Corrillos, carcajadas, estrujones,
Pañuelos y sortijas se perdieron,
Y muchachas también..... pero volvieron.....

Al son de chirimías y atabales,
Los de Tlaxcala claros descendientes,
Llevando á cuestras arcos triunfales,
La marcha precedían diligentes;
Bellas plumas de pavos y quezales
Coronaban los arcos relucientes,
Y otros indios vestidos de soldados
Los custodiaban de arcabuz armados.

Á caballo seguía la nobleza
En unión del ilustre Ayuntamiento,
Ostentando su brillo y gentileza
En selecto y lucido regimiento.
Cada corcel llevaba en la cabeza
Un penacho ó florón: el paramento
Era de plata y oro, y enrizadas
La cola y crin con cintas enlazadas.

Cerraba la brillante cabalgata
La Audiencia y la real Chancillería,
También bordado el traje de oro y plata
Más vistoso que el sol á mediodía.
Vestido el Presidente de escarlata,
Con más ostentación que un rey venía,
Trayendo á la derecha en su bridón
Al Alférez real con el pendón.

Por último, venía paso á paso
El cuerpo provincial de los dragones,
De disciplina y de valor escaso,
En caballos muy flacos y trotones,
Al son de un mal tambor, sin hacer caso
De guardar formación, por pelotones,

Con mucha gravedad y muy despacio
Venía encaminándose á Palacio,

Cuyo balcón estaba rebosando
De damas y señores de gran cuenta,
El egregio paseo contemplando,
Junto con la señora Presidenta.
Al ir los caballeros desfilando
La excelsa multitud estaba atenta
(La llamo excelsa porque estaba en alto)
Viendo cada corveta y cada salto.

Pasó el primero don Martín Lamprea,
Muy estirado en una yegua baya;
Tras él don Juan Gonorreitigorrea,
Natural de Pasajes, en Vizcaya;
Seguíanles don Sancho Bocafea,
Don Luis Tenaza, don Andrés Malhaya,
Don Blas Cabral y don Manuel Cornada,
Hombre de una nariz desaforada.

Venía don Crisóstomo Zamporda
En un caballo negro salpicado:
Don Bruno Rueda en una yegua torda
Le seguía torciéndose de lado.
Cerca de él don Gregorio Panzagorda
Hundía el lomo de un rocín melado,
Y el de un overo don José Portilla,
Agarrado del pico de la silla.

En un zaino de trote furibundo
Don Tonino Lenguaza atrás venía:
El hombre más chismoso de este mundo
Y el más cobarde que en el reino había.
Don Julio Mier iba á su lado, oriundo
De Carmona, ciudad de Andalucía,
Y con ellos don Marcos Bahamonde,
Corregidor que fué de no sé dónde.

Á éstos seguía don Julián Moncada,
Teniente coronel, mayor de plaza;
Mayordomo mayor de la Cruzada
Y Tercero del Carmen, dando traza
De alcanzar á don Cosme de Valnada,
Que montaba un bridón de buena raza,
Y á don Justo Pastilla que en su potro
Con un estribo va más largo que otro.

No quiero fastidiar con los demás,
Como los Garrafuerte, los Gallín,
Los Peladas, los Moscas, los Reiyas,
Los Trampeas, en número sin fin:
Todos con sus lacayos por detrás,
Puesta la mano en la anca del rocín;
Mas ¿quién son esas damas que los miran
Desde el balcón, y viéndolos suspiran?

La Presidenta doña Petra Almonda
Era la principal, y su sobrina
Doña Lucía, natural de Ronda,
Muy salada gitana y muy ladina.
Doña Isabel Sinnóes, linda y blonda,
Doña Inés Tresamantes de Pesquina
Y doña Cruz Malpara del Pezado,
Les hacían la corte á cada lado.

Prendida la mantilla con hilvanes,
Muy mirlada en su silla le seguía
Doña Coronación de Cienfustanes;
Después doña Tomasa de Maldía,
Guiñando el ojo á todos los galanes;
Luego doña Joaquina Cararpía,
Con el rostro muy seco y afligido
Por la muerte del séptimo marido.

Estaba allí doña Rosita Alfaca,
Cuñada de un oidor de campanillas,
Y doña Dorotea Tomaidaca

Que cantaba muy bien las seguidillas.
También doña Ana Espín, señora flaca,
Empeñada en cubrir las pantorrillas
De doña Engracia Ordez, señora gorda
Que á la solicitud se hacía la sorda.

Doña Clara Roblete, por supuesto,
Á todas excedía en hermosura,
En tez, en cara, en talle y en el resto,
Y en el traje también, cuya pintura
Haría si pudiera; mas sobre esto
Nada sé, ni de frases de costura;
¿Qué entiendo yo de nesgas, lazos, golas,
Bebederos, jaretas ni escarolas?

Estas y otras bellezas sobrehumanas,
El mirador magnífico cubriendo,
Parecían huríes y sultanas
Que un bazar estuviesen presidiendo.
Gordas y flacas, jóvenes y ancianas
En silencio ¡oh prodigio! estaban viendo
Pasar los caballeros, como digo,
¡Cual si fuese el ejército enemigo!

De repente un clamor estrepitoso
Se oyó rodar entre las damas bellas,
Y un volver las cabezas, y un ansioso
Mirar al mismo lado todas ellas.
Así al ver algún cuerpo luminoso
El campo atravesar de las estrellas
Todos para mirarlo se voltean,
Y á la vez dicen todos «¡vean, vean!»

¡Allá viene! ¡allá vienel ¡Qué galán,
Don Alejo es aquel que se adelanta!
¡Allá viene montado en su alazán,
Qué planta de animal, qué hermosa planta!
Estas palabras circulando van
Y el eco del rumor que se levanta

Va á repetir en su último reflejo:
¡A... quel es..., allá viene... don Alejo!

En esto despuntaba por la plaza
Más que Orlando gallardo el caballero,
No cubierto de casco ni coraza,
Sino de una casaca y un sombrero.
Ni llevaba montante, lanza ó maza,
Ni pulido broquel de fino acero,
Mas un estoque armado en pedrería
Que del dorado cinturón pendía.

Eran de raso blanco los calzones
Llegándole no más que á las rodillas,
Cubiertas las costuras con galones
Y sujetos al cuerpo con hebillas.
No diré que alcanzase á los talones
La casaca, mas sí á las pantorrillas,
De seda de Milán color de perla
Y bordada, que daba gusto verla.

La larga chupa al muslo descendía
De igual color y de las mismas telas,
Y una y otra cartera guarnecía
Un hermoso alamar de lentejuelas.
Por su brillo tal vez se juzgaría
Que llevaba en los muslos escarcelas;
Era el ropaje, en fin, de los más ricos,
Así como el sombrero de tres picos.

Tenía el alazán la frente blanca,
Ancha nariz, cabeza breve y cuello,
Largo y delgado ijar, redonda el anca,
Robusto el pecho, liberal resuello,
Rasgado el ojo, la mirada franca,
El brazo negro, levantado, bello,
Que en tierra estampa el casco desdeñoso
Como quien pisa el cráneo de un chismoso.

En el aire flotando su copete
Iba el corcel erguido como un gallo;
Y su dueño estirado del jarrete
Parecía sultán en su serrallo.
Las mujeres miraban al jinete
Y los hombres miraban al caballo;
Al par iba el rocín que el dueño ufano,
Con fundamento igual para ser vano.

Al dar frente al balcón, con algazara
Saludóle aquel círculo festivo,
Y en medio del bullicio, doña Clara
Haciendo un ademán no poco esquivo,
Decirles parecía con la cara
«Ese sultán que veis es mi cautivo»;
Señal de que sentía allá en su pecho
Cierto placer de orgullo satisfecho.

El desdeñado amante, con deseos
De ostentar más y más su gallardía,
Caracoles haciendo y escarceos,
Delante de las damas se lucía.
Estando en estos saltos y paseos
Su salva disparó la artillería.....
(Por eso hablé de salvas; mas ahora,
Si queréis, suprimidlas en buen hora.)

Al estallido los caballos fieros
Parecían demonios desatados,
Arrojando de sí á los caballeros
Sobre los circunstantes apiñados;
Volaron espadines y sombreros
Y volaron también por todos lados
Unas cuantas polvíferas pelucas
Dando á luz los secretos de las nuca.

Aunque se hacía el alazán pedazos
Guardaba don Alejo los arzones,
Hasta que al repetir los cañonazos,

No pudiendo sufrir los empellones,
Soltó las riendas y alargó los brazos;
Y mostrando el revés de sus calzones
Cayó, haciendo á la noble concurrencia
Una inversa y profunda reverencia.

Muy lejos de burlar al caballero
Por aquella ridícula aventura,
Decían: ¡qué valiente, qué ligero!
¡Con qué gracia se cae, qué soltura!
El aura popular con un guerrero
Hace siempre lo mismo y transfigura
Cualquier ardid que le sugiere el miedo
En estrategia, en táctica, en denuedo.

¡Don Alejo cayó! De su caída
Alzóse con más gloria, máspreciado;
Las mujeres temblaron por su vida,
Su reloj á los hombres dió cuidado.
La misma doña Clara conmovida,
Juzgándole en las piedras estrellado,
Tan pálida se puso, que cualquiera,
Viéndola así, su novia la creyera.

De suerte que las damas lo notaron,
Y afectando interés y simpatía
La causa del pavor le preguntaron;
Mas ella ¡mi marido! les decía:
Hacia Cabral entonces se tornaron,
Y viendo que el caballo le cernía
Exclamó á carcajadas la asamblea:
¡Vean cuál Pelanueces bambolea!

Juzga así el mundo..... etcétera (con esta
Dos etcéteras van). La blanca lumbre
De la luna bañaba la alta cresta
Del monte, y la aureola de su cumbre
Se empezaba á teñir, cuando la fiesta
Dió fin con el refresco de costumbre

En casa del alférez, donde os ruego
Me permitáis llevaros desde luego.

Por no cansar no pasaré revista
Á los helados, vinos y licores,
Ni haré la larga y dilatada lista
De los variados dulces y las flores
Que el olfato halagaban y la vista
Con su grato perfume y sus colores;
Ni de cuanta invención el arte engendra
Como las ricas tártaras de almendra.

Cubiertas de brillantes perendengues,
Cien beldades (es número hiperbólico)
Digerían lisonjas y merengues
Con aire indiferente y melancólico.
No harían más melindres y más dengues
Al tomar el brebaje más diabólico
Que los que á vista del sorbete hacían;
Pero ¿cómo ha de ser? se lo bebían.

Cerca de doña Clara colocados,
Hartos de limonada y de rosquillas,
Dos señores estaban reclinados
Contra los espaldares de sus sillas:
Hablando de cosechas, de ganados,
Del precio del cacao en las Antillas,
De las noticias últimas de España
Y del conflicto con la Gran Bretaña.

El más mozo decía: «Estoy seguro,
Porque á mí me lo escriben de Valencia,
De que estalló la guerra.»—El más maduro
Preguntóle: «¿Y qué dice su Excelencia?
Es regular que en semejante apuro
Dictará alguna seria providencia.....
—¡Toma! dispuso ya las necesarias,
Como son rogativas y plegarias.»

Y de Asturias, ¿qué escriben? ¿será cierto
Que se va don Alejo en el verano?

—Dicen que sí: le llama don Roberto
Á recibir las minas del hermano.....
Oyendo doña Clara aquel aserto,
Dejó caer el vaso de la mano,
El cual, dando al más viejo en las rodillas,
Fué rodando á sus pies á hacerse astillas.

¡El vaso! el va..... clamó Cabral ansioso;
Mas viendo el ceño á su mujer al paso,
Concluyó con un gesto lastimoso,
Sin acabar de repetir «el vaso»;
Por enmendar el yerro de su esposo;
Y corrida la dama del fracaso,
Dijole, dominando su sorpresa:
«Conduce á estos señores á la mesa.»

No andaba don Alejo tan remoto
De la escena del cuádruplo congreso,
Que no viese muy bien el vaso roto,
Y el cómo y el por qué de aquel suceso:
Y vió la necedad y el alboroto
Que metió don Cornelio, y que por eso
Á refrescar, le dijo doña Clara,
Que á entrambos caballeros se llevara.

Acercósele entonces el amante,
Con el valor que le faltó primero,
Leyendo su ventura en el semblante,
Ora tan blando y antes tan severo.
Y en voz, le dijo tierna y suplicante:
«No sabe usted lo mucho que la quiero;
Por Dios, no esconda tan hermosa cara,
¡Clara! ¡mi dulce, mi querida Clara!»

Ella, más colorada que un celaje,
Encendidos y lánguidos los ojos,
Respondióle en suavísimo lenguaje